

## CÓMO SE SALVÓ EDUARDO ITURBIDE

*Robert E. QUIRK*

EL HISTORIADOR QUE, en el curso de una investigación, navega por el mar revuelto de los papeles de un archivo, suele encontrarse con tal o cual documento cuya utilidad inmediata resulta dudosa. Si lo desecha por no saber qué hacer con él, se expone a perder irremediablemente lo que muy bien podría constituir, más tarde, un importante eslabón en el estudio que realiza. Cierto es, por otra parte, que el conservar cuantos documentos le caigan en las manos puede hacer sencillamente interminable su tarea. En otras palabras, el historiador tiene que seguir, por fuerza, una conducta intermedia entre ambos extremos, y ponerse confiadamente en manos de la musa Clío.

Yo me vi en una situación semejante —una entre muchas, por supuesto— un día en que, estudiando la Convención revolucionaria de Aguascalientes, encontré, entre los papeles particulares de don Roque González Garza, una carta que le escribió Leon J. Canova, agente especial del Departamento de Estado norteamericano en México, con fecha 25 de enero de 1915; en ella le cuenta, a su modo, el papel que ha desempeñado en la rápida y secreta evasión de Eduardo Iturbide, de México a los Estados Unidos, a través del río Bravo. Como suele ocurrir con esta clase de documentos, la carta era de una vaguedad intrigante, y no podía verse si importaba o no para el estudio en que yo estaba empeñado.

González Garza no pudo contarme con precisión los detalles del incidente, y lo único que pudo recordar es que Canova se atrajo la irritación de Francisco Villa por haber ayudado a huir a Iturbide. De hecho, la carta es una especie de disculpa del norteamericano, que quiere quedar en buenos términos con Villa. El misterio comenzó a aclararse un poco

cuando leí la autobiografía de Iturbide, intitulada *Mi paso por la vida*; pero como el autor cuenta aquí sus experiencias a base sólo de sus recuerdos personales, la historia de su huida no se nos da sino a medias.

Interesado por la personalidad de Canova, decidí estudiar a este personaje, y aproveché para ello la temporada de trabajo que pasé en Washington en el verano de 1954. Me puse a examinar los papeles del Departamento de Estado que se guardan en el Archivo de la Nación (the National Archives), y me encontré con gran cantidad de informes enviados al Departamento de Estado por Canova y por otros agentes del gobierno norteamericano; una vez reunidos estos datos, vi que la carta de Canova a González Garza había sido un hallazgo afortunado. Gracias a ella, y a los informes archivados en Washington, es posible ahora reconstruir la manera como se salvó Eduardo Iturbide.

Parece ser una norma invariable la de que los diplomáticos no están obligados a decir la verdad, excepto cuando se dirigen a sus gobiernos. Así, pues, teniendo a la vista los despachos oficiales, no es nada sorprendente comprobar que Canova, en su carta a González Garza, oculta ciertas cosas —aunque hay que reconocer que no le miente descaradamente. Le asegura, por ejemplo, que él no ha tenido nada que ver en los planes del gobierno norteamericano para lograr que Iturbide se escape de la ciudad de México, y que si ha participado en ellos ha sido sólo a regañadientes y en el último momento, atendiendo a las repetidas súplicas de J. M. Cardoso de Oliveira, embajador del Brasil en México y encargado de los intereses norteamericanos.

Ahora bien, el 15 de diciembre de 1914, una semana antes de salir de la ciudad de México en compañía de Iturbide, Canova telegrafiaba al secretario de Estado, William Jennings Bryan, diciéndole: “Estamos haciendo todos los esfuerzos posibles por salvar a los hombres condenados a muerte, uno de los cuales es Iturbide.” Y ese mismo día, en una reunión con Cardoso de Oliveira, Thomas B. Hohler (encargado de negocios de Inglaterra) y John R. Silliman (otro agente especial del gobierno norteamericano), Canova dijo que con-

fiaba en que José I. Robles, secretario provisional de Guerra en el gabinete de Eulalio Gutiérrez, le daría un salvoconducto para Iturbide.

En su carta a González Garza, Canova finge gran inocencia, y se presenta limpio de toda sospecha de haber burlado las disposiciones de Villa y Zapata. Dice, por ejemplo: "Imagine usted mi sorpresa cuando se me exigió que permitiera el registro del compartimento privado [del carro pullman]. No sabía qué pensar. No tenía noticia de las razones..."

Sin embargo, los despachos de Canova y de algunos otros, así como la relación del propio Iturbide, nos hacen ver claramente que todos estaban avisados del riesgo que corrían, pues les constaba que ni Villa ni los dirigentes zapatistas se hallaban dispuestos a que Iturbide saliera vivo de la capital. Debe disculparse la falta de sinceridad de Canova para con González Garza: deseaba conservar la estimación de Villa y su representante —González Garza era a la sazón el presidente de la Convención—, ante la posibilidad de que tuviera que regresar más tarde a México.

Canova desempeñó su peligroso papel satisfactoria y valientemente. Según Iturbide, Canova era "un poquitín pagado de sí mismo", no obstante lo cual pudo darse cuenta "de su bondad de fondo". Cardoso de Oliveira, en carta a Bryan, le decía que Canova merecía los mayores elogios y alabanzas: "Por lo que a mí respecta, me alegro de haber cooperado con Silliman y Canova en salvar la vida de un hombre tan valioso como Iturbide." Es evidente que, de no haber sido por Canova, Iturbide habría muerto víctima de la violencia revolucionaria, que se cebó en los hombres que habían servido al gobierno de Huerta.<sup>1</sup>

EL GOBIERNO de los Estados Unidos comenzó a preocuparse por la seguridad de Iturbide a raíz de la ocupación de la ciudad de México en diciembre de 1914, por las fuerzas de Zapata y Villa; varios ciudadanos prominentes de la capital, afectos al régimen de Huerta, fueron ejecutados sumariamente en esos días, acusados de crímenes contra la Revolución.

Iturbide, gobernador del Distrito Federal durante la ad-

ministración huertista, se había ganado el agradecimiento de los Estados Unidos por haber sofocado a la fuerza las manifestaciones antinorteamericanas en la capital, a raíz de los sucesos de Tampico. Más tarde, a petición del cuerpo diplomático, asumió el gobierno de la capital durante el período que medió entre la salida de Carbajal (con la ocupación de México por Obregón) y la huida de Lucio Blanco, a fines de noviembre (con la consiguiente entrada de los zapatistas en la capital).

La División del Norte, la fuerza revolucionaria que más había contribuido al derrocamiento militar de Huerta, nunca pudo olvidar el papel que tuvo Iturbide al negociar con Obregón los Tratados de Teoloyucan. Los zapatistas, por su parte, también clamaban venganza contra Iturbide porque había ordenado que entraran en acción militar las fuerzas de la policía federal contra los surianos.

Como los jefes del Ejército Libertador del Sur se opusieron a que Iturbide conservara el mando y mantuviera la paz en la capital mientras ellos la ocupaban, tuvo que esconderse y vivir en casa de algunos ingleses o norteamericanos, o también mexicanos, pero siempre amigos de toda su confianza, como George C. Carothers, agente especial de los Estados Unidos ante Villa, H. C. Cummings, o Hohler, diplomático inglés. Esta peligrosa existencia de gitano no podía durar indefinidamente, y como las noticias acerca de ejecuciones ilegales eran cada vez más frecuentes, Bryan no tardó en ver la gravedad de la situación mexicana. Entonces telegrafió al embajador brasileño para que, interponiendo sus buenos oficios, hiciera lo posible por salvar la vida del "Príncipe" Iturbide. (Al llamarlo así, aludía a los vínculos familiares de Iturbide con el emperador Agustín I.)<sup>2</sup>

Cardoso de Oliveira se reunió con Silliman, Carothers y Canova para elaborar un plan que permitiera la salida de Iturbide a los Estados Unidos. Convinieron en que, si Villa y Zapata estaban de acuerdo, Iturbide podría salir desterrado, y que lo acompañaría hasta la frontera J. W. Belt, empleado de la embajada norteamericana y comisionado en la embajada del Brasil.<sup>3</sup> Carothers se dirigió a Villa para pedir

su aquiescencia, pero éste se negó a que Iturbide saliera de la capital.

El 14 de diciembre Silliman logró una entrevista con dos prominentes zapatistas: Antonio Díaz Soto y Gama y Rodrigo Gómez; la reunión se efectuó en el domicilio de John W. Roberts, norteamericano, amigo del Ejército del Sur. Los zapatistas le dijeron a Silliman que los surianos no estaban de acuerdo en castigar con un simple destierro a los enemigos de la Revolución: el país exigía la expiación de los crímenes cometidos bajo el antiguo régimen y, por el bien público, había que sacrificar la vida de otros muchos que se hallaban en el caso de Iturbide; además, éste era responsable del asesinato de 18 trabajadores de sus propias haciendas, y había condenado a otros 68 a la temida leva. Huertista y general del ejército (su puesto de gobernador del Distrito Federal le había valido el ascenso a general brigadier), Iturbide tendría que ser procesado por un "tribunal" revolucionario.

Los norteamericanos, sin ninguna esperanza de que se hiciera justicia a Iturbide, juzgaron que un "juicio" como ése significaría su ejecución sumaria.<sup>4</sup> Rechazado por los zapatistas, Canova trató entonces de conseguir un salvoconducto para Iturbide y se dirigió al general Robles, pero éste se negó a darlo "hasta que el asunto pudiera investigarse plenamente". Sin embargo, consintió en dar a Canova un pase para Silliman y "un compañero", y los agentes norteamericanos decidieron, como único remedio posible, enviar de incógnito a Iturbide con uno de ellos.<sup>5</sup>

El 19 de diciembre Bryan dio nuevas instrucciones a sus agentes para lograr un acuerdo con el propio presidente Gutiérrez, a fin de que se le diera a Iturbide cierto tiempo para abandonar el país; a cambio de su seguridad, el ex gobernador perdería las grandes propiedades que tenía en México. Silliman, que hizo esta proposición al Presidente con toda franqueza, recibió su completa y espontánea aprobación, y se apresuró a comunicarle la noticia a Bryan; su telegrama en clave concluía, proféticamente: "Si los zapatistas se dan cuenta de mi intervención en este asunto, lo menos que harán será pensar lo peor de mí."<sup>6</sup>

Por su parte, Roberts pudo conseguir de sus amigos del Sur una suspensión provisional de las órdenes de detención para el prófugo, pero, naturalmente, se guardó muy bien de dejar traslucir lo que pensaban hacer los norteamericanos en relación con Iturbide. Los zapatistas no garantizaban por cuánto tiempo estaría vigente la suspensión, y exigían que Iturbide prometiera no intentar salir de la ciudad durante ese tiempo (promesa que él, por supuesto, no estaba dispuesto a cumplir).<sup>7</sup>

Gutiérrez se responsabilizó por completo de la salida de Iturbide y ofreció darle una escolta al mando del capitán Lorenzo García, que, según el Presidente, era de absoluta confianza. Pero Iturbide no quiso ir solo con García, y expresó su deseo de que lo acompañara algún diplomático capaz de protegerlo de los villistas y de "evitar cualquier accidente durante el viaje".<sup>8</sup>

Como Gutiérrez había dicho que Iturbide podía llevar en el tren a un compañero, el embajador brasileño decidió pedir a Canova que fuera él ese "compañero". Gutiérrez dio instrucciones para que se apartaran lugares en el pullman (los trenes se hallaban bajo control militar) y firmó pasaportes para Canova e Iturbide. Los viajeros deberían salir de la ciudad en el tren ordinario de pasajeros del Norte, en la madrugada del lunes 21 de diciembre.<sup>9</sup>

En la noche del domingo 20 Canova cenaba solo en el Club Americano cuando llegó Silliman para comunicarle que el Embajador del Brasil quería que él se encargara de llevar a Iturbide a los Estados Unidos. Canova llamó por teléfono al embajador y, como se suponía que debía partir en la mañana siguiente, concertó una cita con él a las diez de la noche, en la embajada del Brasil; allí le dijo que no podría salir de México por estar resfriado, además de que la petición lo había cogido de sorpresa, puesto que Cardoso de Oliveira ya había dicho que Silliman o Belt recibirían el encargo. Pero el embajador le hizo ver que Silliman aparecía, a los ojos de las gentes de Villa y de Zapata, muy estrechamente vinculado con los carrancistas, mientras que él, Canova, resultaba estar en buenos términos con todas las facciones revo-

lucionarias. Incapaz de eludir la determinación del brasileño, Canova accedió a regañadientes y salió de la embajada para dirigirse a una oficina de telégrafos y enviar un cablegrama a su esposa, pidiéndole que lo aguardara en El Paso y se dispusiera a acompañarlo luego a la ciudad de México. Ésta sería la explicación que daría para su viaje a los Estados Unidos.<sup>10</sup>

A la mañana siguiente Canova se levantó a las 5.30 (se había acostado en las primeras horas de la madrugada), y a eso de las siete de la mañana llegó a casa de H. C. Cummings, donde Iturbide se hallaba escondido. Aquí debían esperar los viajeros al capitán García y a su escolta, pero el capitán no llegó a tiempo para tomar el tren; más tarde explicó que se había quedado dormido, lo cual hizo pensar a Iturbide y Canova que no era tan digno de confianza como había asegurado Gutiérrez.

Sin embargo, el retraso de un día resultó afortunado, porque, según averiguó Canova, los únicos compartimentos de los trenes del lunes y el martes ya estaban reservados, y esa dilación les permitió obtener de Gutiérrez una orden que les asignara un compartimento privado en el tren que salía el martes por la mañana. Hubiera sido extremadamente arriesgado viajar en carro abierto o en compartimentos ordinarios del pullman. Durante el día, Canova consiguió alimentos y provisiones para el viaje, sabiendo que el tren no llevaría carro comedor y que las comidas fortuitas de las estaciones resultarían peligrosas para Iturbide y malsanas para el propio Canova.<sup>11</sup>

A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando los dos viajeros llegaron a la estación, encontraron casualmente a Villa en el andén, charlando con Felicitos Villarreal, secretario de Hacienda de Gutiérrez. Iturbide se tapó la cara con una bufanda para guardarse de "los aires" —la mañana decembrina era muy fría—, y se metió en el tren sin que nadie lo reconociera. Canova se quedó en el andén, donde (saboreando, sin duda, lo dramático de la situación) habló con Villa hasta que sonó la señal de la salida. Villa le preguntó la razón de su viaje, y él con-

testó que iba a El Paso para traer a su mujer a la capital, lo cual, por supuesto, tenía su parte de verdad.

En el curso de la conversación Villa le preguntó a Canova qué opinaba de la situación de México, a lo que éste respondió que las cosas, naturalmente, andaban un poquillo desequilibradas. Villa se rió de buena gana y dijo que había venido de Guadalajara para restablecer "el equilibrio". Se despidieron amistosamente y Canova invitó a cenar a Villa y a Villarreal para cuando regresara del viaje. La aventura comenzaba, según le parecía a Canova, bajo excelentes auspicios, sin que nadie se oliera el asunto. El capitán García llegó en el último momento con el general Juan G. Cabral, cuando el tren ya estaba a punto de arrancar, pero Canova prefirió que no los acompañara, diciendo que no quería que "un pedacito de hombre" fuera una carga para él.<sup>12</sup>

El primer día del viaje, entre México y Aguascalientes, transcurrió sin incidentes. Iturbide y Canova pasaron el tiempo conociéndose, o, mejor dicho, midiéndose el uno al otro, ya que nunca antes se habían visto; Iturbide se daba cuenta perfectamente de que su vida se hallaba en las manos de ese extranjero desconocido. Muchos años después escribía, refiriéndose a él: "Era este señor... [un hombre] con atribuciones muy limitadas... Un poquitín pagado de sí mismo, me quería tratar como superior a inferior..."<sup>13</sup>

A petición de Canova, Iturbide le contó cómo había entrado en la vida pública, cosa que hizo —según dijo— de mala gana y sólo tras de que el propio Huerta insistió en que aceptara el cargo de gobernador, amenazándolo, de lo contrario, con la cárcel.<sup>14</sup> Ambos discutieron la manera como Iturbide debería cruzar la frontera, en Ciudad Juárez. Canova había resuelto que se reunieran en la estación con William J. O'Brien, funcionario de la Wells Fargo. O'Brien había sido encarcelado en México por los revolucionarios, bajo el cargo de haber contribuido con dinero en apoyo del régimen huertista (había comprado bonos del gobierno para su compañía). Se le había puesto en libertad apenas unos días antes, tras de que Canova intercedió personalmente ante Villa, y ahora se encontraba en El Paso. Canova le había indicado que llevara

un automóvil a la estación ferroviaria de Ciudad Juárez. Iturbide —deportista completo— manejaba con pericia cualquier clase de automóviles, y Canova pensaba que, provisto de gorra, lentes y guardapolvo, la identidad del fugitivo estaría fuera de toda sospecha.<sup>15</sup>

Mientras tanto, en la ciudad de México, debido quizá a la indiscreción de Canova, la escapatoria de Iturbide no había pasado inadvertida. El agente norteamericano había sido incapaz de guardar sigilo sobre su noble aventura. El día anterior a la salida, Silliman, preocupado al saber que el asunto ya no era ningún secreto, telegrafió al Secretario de Estado diciéndole:

A pesar de haberle advertido al Sr. Canova que [el] presidente provisional había pedido [la] mayor reserva respecto a su ofrecimiento de escoltar a Iturbide hasta la frontera, y no obstante lo delicadísimo de las circunstancias reinantes, quedé sorprendido al saber anoche que Canova había hablado de su misión especial, y que por lo menos cuatro periodistas estaban enterados del asunto.<sup>16</sup>

El mal guardado secreto llegó a oídos del general zapatista Manuel Palafox, quien inmediatamente ordenó que se detuviera el tren en la ciudad de México. Pero Palafox había sido mal informado en cuanto a la hora de la salida, y sus órdenes no pudieron cumplirse. No habiendo podido detener a Iturbide antes de que saliera de la capital, Palafox pidió a Villa que ordenara por telégrafo a las gentes que tenía entre México y Ciudad Juárez que Iturbide y el diplomático (tan poco diplomático) fueran detenidos y enviados a jurisdicción zapatista.

Más tarde, Palafox dijo a un grupo de periodistas extranjeros (la prensa local no publicó una palabra del asunto porque simpatizaba con el gobierno de Gutiérrez) que a Silliman, Canova y otros más les habían dado una propina de medio millón de pesos para que ayudaran a escapar a Iturbide.<sup>17</sup>

En la madrugada del 23 de diciembre el tren se detuvo en la estación de Aguascalientes. Apenas serían las seis, y todavía estaba oscuro. Canova se hallaba despierto en su cama alta, seguramente muy satisfecho de sí mismo, cuando se escucharon pasos y voces apagadas a través de la puerta, prove-

nientes del pasillo. Iturbide saltó de su cama y musitó: "Señor Canova, acabo de oír que afuera alguien pregunta por mí." Canova descendió y "ordenó" (ésta es la palabra que emplea en su carta a Bryan) a Iturbide que subiera a la cama alta. William F. Fournier, conductor del tren, llamó discretamente a la puerta del compartimento y le dijo a Canova —que había entreabierto la puerta— que unos hombres del servicio secreto estaban registrando el tren en busca de Iturbide y que querían saber quién ocupaba ese compartimento. Canova le mostró al conductor una tarjeta que lo acreditaba como diplomático y le pidió que dijera a la policía que aún no se había levantado y no quería ser molestado. Satisfechos (o frustrados) por esa explicación, los agentes bajaron del tren.<sup>18</sup>

Aunque Canova estaba seguro de que su estratagema había tenido éxito, Iturbide se mostraba escéptico y temeroso, tanto más cuanto que era su vida la que estaba de por medio. Lleno de optimismo, Canova telegrafió al embajador brasileño: "Estoy seguro que ahora ya no habrá dificultades."<sup>19</sup> Cuando el tren estaba todavía en la estación subió a bordo un inglés, administrador de una mina cercana, que había sido informado por Hohler de que Iturbide viajaba en ese tren, y ofreció esconderlo en la mina hasta que fuera más seguro continuar el viaje hacia el Norte. Iturbide, con razón, temía la peligrosa travesía de Zacatecas, Torreón y Chihuahua, ciudades todas ellas en territorio villista, y más ahora que Villa sabía ya que había huido de México. Pero el incansable optimismo de Canova superó los bien justificados recelos de Iturbide, quien aceptó seguir adelante bajo su protección.<sup>20</sup>

El tren cruzó Zacatecas sin mayores incidentes; durante el día, el ininterrumpido avance hacia el Norte pareció confirmar las esperanzas de Canova. Pero a las siete de la noche de ese día el tren se precipitó por un cambio abierto en una pequeña estación, al Sur de Torreón, y se descarriló parcialmente. Inmovilizado, el tren permaneció en la estación hasta las dos de la mañana siguiente. De Torreón se despachó una locomotora especial para que el convoy pudiera continuar el viaje, y en ella venían varios agentes que el jefe de armas

de Torreón enviaba para que registraran de nuevo el tren, en busca de Iturbide. Dos veces se acercaron a la puerta del compartimento exigiendo que se les dejara entrar, pero Canova se mostró firme en su negativa, insistiendo en que su pasaporte diplomático hacía su compartimento tan territorio norteamericano como los mismos Estados Unidos.

El tren llegó a Torreón a las 5.30 de la mañana, y, después de una prolongada e inexplicable detención, llena de angustia para Canova e Iturbide, el jefe de armas en persona trajo consigo tropas para rodear el coche donde los dos venían. El comandante militar subió al carro y exigió "con un tono de inconfundible autoridad" que se le permitiera registrar el compartimento. De nuevo Canova alejó a los soldados e interpuso su condición de diplomático entre ellos e Iturbide. El oficial replicó que estaban en México, y que además no le importaban los diplomáticos. Entonces Canova, por encima del hombro del militar, llamó a Fournier y le rogó que telegraficara a Villa, en nombre de Canova, para informarle que sus hombres lo estaban molestando y pedirle que le diera un salvoconducto o bien girara instrucciones precisas de que se registrara el compartimento. A continuación dice Canova:<sup>21</sup>

Encendiendo un cigarro, y sosteniendo en las manos el fósforo encendido y el cigarro durante unos segundos, de modo que pudiera ver que no temblaba ni estaba nervioso, le expliqué que, al pedir el debido respeto para mi gobierno, no hacía yo otra cosa que cumplir con lo que me parecía era mi deber.

Canova sugirió que el jefe de armas enviara una escolta en el tren hasta la frontera, y que en Ciudad Juárez, cuando todos hubieran bajado, arrestaran a quien quisieran. No muy convencido, el oficial aceptó con titubeos dejar a los dos hombres en el coche, "hasta recibir órdenes más precisas de Villa".

No se armonizan los recuerdos de Iturbide y los de Canova respecto al comportamiento del primero durante esta angustiada pausa. Cinco días después, Canova escribía a Bryan:<sup>22</sup>

El pobre Iturbide, encerrado como una rata en la trampa, no podía menos que estar nervioso. La forzosa inactividad para

un hombre tan inquieto (durante varios días había estado escondido) lo llenaba de desesperación en ciertos momentos. Sabía que sólo me tenía a mí entre él y su ejecución.

Pero muchos años después, Iturbide, a través del cristal rosado del recuerdo de su propio heroísmo, rememoraba el incidente de manera muy distinta. En *Mi paso por la vida* escribe:<sup>23</sup>

Soy nervioso por naturaleza; cualquier pequeñez hace saltar mis nervios; pero, cosa curiosa, en los casos más duros y serios de la vida tengo una calma y una claridad de juicio asombrosas aún para mí mismo.

Probablemente cada uno recordaba lo que le dictaba su amor propio.

EL TREN PARÓ DE NUEVO en Gómez Palacio, y Canova envió a Carothers un mensajero pidiéndole que viniera a la estación. Carothers había llegado a Gómez Palacio a principios del mes junto con Villa, y se había quedado allí con un norteamericano llamado O'Hea cuando el jefe de la División del Norte se fue a Guadalajara. Carothers acudió en seguida, a pesar de que llovía muy fuerte, y los tres discutieron y estudiaron la mejor manera de que Iturbide pasara a los Estados Unidos. Todos convinieron en que sería un suicidio arriesgarse a cruzar Chihuahua, y concluyeron que debería bajar adelante de Torreón y emprenderla a través del desierto hasta la frontera. Para cubrir la huida, Carothers envió desde Gómez Palacio otro telegrama a Villa, en su nombre y en el de Canova, pidiéndole al general que ordenara a sus agentes respetar el compartimento de Canova hasta llegar a Ciudad Juárez. De esta manera, las autoridades villistas no sabrían sino muy tarde que Iturbide ya había abandonado el tren. Durante el día 24, los dos hombres venidos de Torreón se apostaron fuera del compartimento y vigilaron la puerta.

Al anochecer, mientras el tren se aproximaba a Chihuahua, Canova e Iturbide dieron los últimos toques al plan de escapatoria. Iturbide saldría por la ventanilla cuando el tren parara en la estación de Alberto, a unos diez kilómetros al Sur de Chihuahua. Se dirigiría a la cercana planta de la Ame-

rican Smelter and Refining Company en Morse, donde el gerente, un tal Mr. Enlow, le proporcionaría un caballo (Iturbide llevaba una tarjeta de Canova para Enlow). De Alberto, el fugitivo seguiría a Ojinaga (Presidio, del lado norteamericano), distante menos de 200 kilómetros, y atravesaría a nado las heladas aguas del Río Bravo, arriba o abajo de Presidio, con objeto de no encontrarse con las guardias fronterizas.

Para que se disfrazara, un mozo del tren, llamado Luis Fernández, le dio un viejo sweater azul, unos pantalones usados y un sombrero igualmente viejo.<sup>24</sup> Iturbide llevaba un revólver para protegerse (había sido campeón de tiro con pistola en los apacibles días que precedieron a la Revolución). En tono solemne, escribió una carta a su mujer y a su cuñada diciéndoles que desearía tener un confesor “para morir en la religión de mis padres”. Pero como eso era imposible, no se acongojaba, pues “Dios es muy grande... No tengo miedo, estoy tan tranquilo como si estuviera con ustedes, leyendo a Shakespeare o jugando al bridge. Tengo fe en Dios y en mí mismo...”<sup>25</sup>

Una hora antes de llegar a Alberto, el tren se detuvo en la estación de Ortiz, a 76 kilómetros al Sur. Llenos de consternación, Canova e Iturbide vieron que llegaba del Norte otro tren, el cual se detuvo y vomitó varios hombres armados que rápidamente subieron al coche donde venían ellos. Iturbide creyó ver llegada su última hora. Las voces se acercaban. Mientras Canova escuchaba a través de la puerta, Iturbide levantó cautelosamente la ventanilla (por suerte el otro tren había llegado por el lado opuesto al compartimento), y, sin tiempo siquiera para un rápido adiós, desapareció, tragado por la noche. Canova dijo en voz alta algunas palabras, a fin de cubrir cualquier ruido que Iturbide pudiera hacer. Como afuera no hubo señales de alboroto, supuso que su amigo había escapado con felicidad.

Canova abrió en seguida la puerta y caminó por el pasillo. “Encontré a los oficiales —escribió luego— en amistosa charla, les ofrecí cigarros, y cuando la tensión se hubo relajado me metí en el compartimento y cerré tranquilamente la ventanilla”. Los guardias acabaron por dormirse y el tren

continuó la marcha hacia el Norte. Entonces Canova metió a hurtadillas en su compartimento a George L. Rihl, joven norteamericano, empleado de un banco en la ciudad de México, que casualmente viajaba en el tren, para que los guardias, al escuchar voces, creyeran que la presa todavía estaba a su alcance.

Para Iturbide todo aquello fue una experiencia estimulante, y, aunque preñada en esos momentos de angustia y de peligro, le dio un precioso material de recuerdo cuando pasó todo y el hombre se vio sano y salvo. En *Mi paso por la vida* relata su historia con una fina percepción de lo poético. Era Noche Buena, una noche tersa y clara, y él iba guiándose por la estrella polar, "como los Reyes Magos". Sabía bien que, si caminaba siempre hacia el Norte, acabaría por llegar a los Estados Unidos. Cuenta que se encontró con unos pastores (en efecto, en la región hay rebaños de ovejas) y cambió sus vestidos con uno de ellos, adoptando el gesto rudo de los campesinos para no despertar sospechas. Con su bíblico disfraz caminó hacia el Norte por una tierra que pertenecía a Villa, y donde todos podrían ser enemigos.<sup>26</sup>

EL TREN DE CANOVA debería llegar a Ciudad Juárez a eso de las seis en la mañana de la Navidad, pero el interminable viaje se hizo más largo a causa de un alto inesperado, a las 10 p.m. del día 24, en los patios que están más abajo del río Chuvíscar, al Sur de Chihuahua. Allí estuvo el tren hasta la una de la tarde del día de Navidad. Cuando Canova preguntó la razón de la tardanza se le dijo que un derrumbe había bloqueado las vías. Más tarde averiguó que esto era un embuste, y supuso que los villistas sólo querían fastidiarlo: pusieron una máquina cerca de su compartimento y las calderas resoplaron y arrojaron vapor toda la noche, manteniéndolo despierto a él (y a Iturbide también, según ellos creían) y calientes a los guardias.

En la mañana se inspeccionó la parte inferior de los coches y el trenista hizo unas marcas en los carriles que quedaban debajo del compartimento de Canova, como si las ruedas tuvieran algún desperfecto. Poco después, el jefe del

convoy se acercó a Canova y le dijo que el pullman se quedaría en Chihuahua para que lo arreglaran, y que los pasajeros transbordarían a los carros de primera. Canova no creyó el cuento, pero prefirió ceder y poner fin al juego antes de que la detención en los patios se prolongara por varios días.

Entró en su compartimento y le dijo al mozo Fernández que sacara todo su equipaje y el de su compañero. Con evidente satisfacción de sí mismo, describe así la escena en un informe que mandó después al Secretario de Estado:

Hubiera visto usted cómo se apretaban las filas. Parecían pescadores tirando de una red. Se relamían, se acomodaban los cinturones como para que sus pistolas quedaran en posición correcta. Pensaban estar a punto de lograr una buena pesca, pero yo sabía que su tirón no iba a sacar sino agua.

Tan pronto como el equipaje estuvo fuera, entré en el compartimento y cerré la puerta detrás de mí. Luego la volví a abrir y llamé a unos siete de los hombres que estaban en el carro para que observaran detenidamente cómo salía yo con mi secretario; volviéndome a él le dije en inglés "Come on", y caminé por el pasillo seguido de Rihl, muchacho norteamericano bien fornido. Podría usted haber derribado a los agentes secretos con una pluma. Se les cayeron las quijadas por un momento, pero luego, recobrándose, se precipitaron hacia la puerta del compartimento. La búsqueda que hicieron fue minuciosa. Miraron hasta dentro de las escupideras. Todas las gavetas y la litera superior tuvieron que abrirse, y todas las prendas de vestir o mantas de cama quedaron revueltas.

En seguida, temiendo seguramente que por alguna maña se les hubiera escabullido la presa mientras registraban el pullman, buscaron rápidamente en todo el tren, en el carro de equipajes y aun en el depósito de agua de la locomotora. Burlados y corridos son las palabras más adecuadas para describir el estado de ánimo de aquellos desazonados policías secretos.

Poco después del medio día se dio por arreglado el pullman y Canova pudo salir de Chihuahua. Llegó a Ciudad Juárez a las 11 de la noche y no tuvo más dificultades. Allí una vez más se registró completamente el tren, y esto mismo se hizo durante varios días con todos los trenes que venían de México. Pero nunca hubo la menor señal de Iturbide.

Después de mandar sus primeros telegramas, Canova cayó en cama a las 3 de la mañana, completamente exhausto a cau-

sa de su resfriado y de una tensión tan prolongada. Hasta después de varios días no pudo enviar sus informes al Secretario de Estado. El día 28 escribía a Bryan: "Ahora me siento mucho mejor, y mañana le escribiré más extensamente. El relato parecerá fantástico, espectacular, excesivo, pero cada palabra es verdad, y tal vez sólo en México sea verdad." O'Brien se hallaba en El Paso, y Canova lo envió a Presidio a reunirse con Iturbide. Aunque no habían recibido noticias de éste, Canova estaba orgulloso de sí mismo y de su aventura. Le decía a Bryan que ahora que todo había terminado "creo que [Villa] se está riendo entre dientes por lo que ha pasado".<sup>27</sup>

NADA PODÍA ESTAR más lejos de la verdad. Durante la última semana de diciembre Villa tuvo pocos motivos para estar contento. Un día antes de la Navidad, censuró a Gutiérrez por haber permitido la huida de Iturbide, siendo que zapatistas y villistas exigían su detención y ejecución. Villa comunicó a los periodistas de la capital que el pueblo de México debía juzgar si Canova era o no hombre de honor, e insinuó que, cuando Canova regresara al país, no se le darían las garantías que México ofrece a las personas honorables.<sup>28</sup>

Pero si Villa era impotente para causar daño a Canova, su encono contra Gutiérrez no tuvo límites. Este incidente no era sino el último de muchos otros análogos: Gutiérrez, que no era villista y que había sido nombrado presidente provisional por la gracia de Obregón, había llegado a ser demasiado independiente de las fuerzas que sostenían la Convención.

El 27 de diciembre —un día antes del telegrama de Canova al secretario Bryan— Villa había tenido una tormentosa sesión con Gutiérrez en la residencia de éste (en el Paseo de la Reforma) acerca de las manifiestas intenciones del presidente de huir de México y relevar a Villa de la jefatura de la División del Norte. Villa, tan impulsivo por temperamento, amenazó de muerte al pobre Gutiérrez, hombre tímido, pero bien intencionado. Aunque más tarde se serenó y cambió abrazos con Gutiérrez, la reconciliación fue más aparente que real. Villa no olvidaba pronto una ofensa.<sup>29</sup>

El día de Navidad, en un telegrama a Cardoso de Oliveira, Bryan se mostraba alarmado por los sucesos de la capital de México y sobre todo por las acusaciones que había lanzado Palafox contra los agentes norteamericanos. Le pedía pruebas más tangibles de los cargos que se les hacían y le rogaba que viera a Villa y a Zapata y les asegurara que el gobierno norteamericano no tenía ningún interés especial por Iturbide, pero sí “un profundo interés por el bienestar de México”. Con una amenaza implícita, apenas velada por el lenguaje diplomático, Bryan decía: “Teniendo en la mente y en el corazón el futuro de México, nos faltaría franqueza si no atribuyéramos totalmente a Villa y a Zapata las consecuencias... [del descuido de las normas civiles] en el caso presente”.<sup>30</sup>

Obedeciendo los deseos del Secretario norteamericano, Cardoso de Oliveira conferenció con Villa (Zapata no estaba entonces en la capital). “Nuestra discusión —le dice a Bryan— llegó a un punto en que Villa se portó con cierta grosería conmigo, y yo me vi obligado a hablarle en la misma forma.” Villa exigía que se hiciera volver a México a Canova, tal vez, según Cardoso de Oliveira, para que fuera castigado por los mexicanos.<sup>31</sup> El embajador también sostuvo una larga conferencia con Palafox en relación con los cargos de soborno. Aunque sólo era secretario de Agricultura, Palafox se sentía competente para manejar asuntos internacionales. Declaró a Silliman y a Canova personas indeseables y exigió su expulsión de México.<sup>32</sup>

El 4 de enero de 1915 Canova telegrafió al embajador brasileño, en relación con Iturbide: “Está sano y salvo”. El ex gobernador mexicano había tenido la suerte de encontrarse a un hacendado sudafricano que había sido general boer y había venido a México a fines del siglo, tras la derrota de su país por los ingleses; gracias a él pudo cruzar la frontera sin contratiempos.<sup>33</sup> Iturbide continuó hasta Nueva York, donde se ganó modestamente la vida dedicándose a los negocios, hasta que, apaciguadas las cosas en México, pudo regresar a su país.

CANOVA NO RECUPERÓ su puesto diplomático, como esperaba. En lugar de eso se le llamó a Washington para que se hiciera cargo de la sección que se ocupaba de los asuntos de México en el Departamento de Estado, bajo la jurisdicción de su amigo Bryan. Allí contribuyó a estructurar la política de los Estados Unidos respecto a la Revolución, política que culminó con el reconocimiento de la facción carrancista en octubre de 1915.

Silliman salió de la ciudad de México, tal como lo había pedido Palafox, y el Departamento de Estado lo destinó a Veracruz, donde fue nombrado agente especial de los Estados Unidos ante el gobierno constitucionalista de Carranza. Se puso fin a los cargos lanzados por Palafox, por lo menos a satisfacción del embajador brasileño, cuando el propio Palafox firmó una "Interesante aclaración... en el asunto Silliman-Canova", el 13 de enero. En ella reconocía haber hablado sin tener un total conocimiento de las circunstancias del caso, y se mostraba dispuesto a retirar sus cargos de soborno. Añadía que, en todo caso, los corresponsales extranjeros habían tergiversado su declaración. Sin embargo, quedó resentido contra Canova porque, desde el punto de vista de los zapatistas, Iturbide merecía la muerte y Canova había frustrado la justicia revolucionaria.

Pero muy pronto ocurrieron sucesos aún más importantes que ocuparon la atención de Palafox, Villa y Zapata. El 16 de enero Gutiérrez huyó de la capital para librarse del asfixiante control de las facciones del Norte y del Sur. A fines del mes, González Garza y la Convención abandonaron la ciudad al ejército constitucionalista de Obregón y se establecieron en Cuernavaca. La carta de Canova, escrita en Washington el 25 de enero, debió haberle llegado a González Garza muchas semanas más tarde, cuando la Convención había reanudado ya sus sesiones en la capital. Para entonces, el incidente de la escapatória de Iturbide estaría barrido por el curso de la Revolución y confinado al limbo de las cosas de segundo orden. Pero precisamente durante el crítico mes y medio en que Gutiérrez encabezó en México el gobierno de la Convención, ocurrió una serie de incidentes semejantes a

éste, que dieron por resultado la inevitable ruptura entre el presidente y la insegura soldadesca sobre la cual descansaba su protección.

## NOTAS

<sup>1</sup> Leon J. Canova a Roque González Garza (25 de enero de 1914). Archivo de Roque González Garza, México.—Canova al Secretario de Estado (15 de diciembre de 1914), National Archives, Washington, D.C., Department of State Decimal Files, 812.00/14018.—John R. Silliman al Secretario de Estado (15 de diciembre de 1914), Decimal Files, 312.12/100.—Eduardo ITURBIDE, *Mi paso por la vida*, México, 1951, p. 152.—El Embajador del Brasil al Secretario de Estado (26 de diciembre de 1914), National Archives, Washington, D.C., Post Records (Mexico City), 1914/800.

<sup>2</sup> El Embajador del Brasil al Secretario de Estado (9 de diciembre de 1914), 312.12/95. (A menos que se diga lo contrario, todas las notas se refieren a: Department of State Decimal Files.)—William J. Bryan a Silliman (13 de diciembre de 1914), 812.00/14010.

<sup>3</sup> Silliman al Secretario de Estado (14 de diciembre de 1914), 812.00/14010.

<sup>4</sup> *Ibid.*—Representante especial del Departamento de Estado, "A resume of the case of Edward [*sic*] N. Iturbide", Post Records (Mexico City), 1914/800.

<sup>5</sup> Canova a Bryan (16 de diciembre de 1914), 812.00/14097.

<sup>6</sup> Silliman al Secretario de Estado (19 de diciembre de 1914), 312.12/106.—Representante especial, "A resume".

<sup>7</sup> Silliman al Secretario de Estado (21 de diciembre de 1914), 312.12/108.

<sup>8</sup> El Embajador del Brasil al Secretario de Estado (22 de diciembre de 1914), Post Records (Mexico City), 1914/800.

<sup>9</sup> Representante especial, "A resume".

<sup>10</sup> Canova a Bryan (22 de diciembre de 1914), 812.00/27415.—Canova a Roque González Garza (25 de enero de 1915).

<sup>11</sup> Canova a Bryan (22 de diciembre de 1914).

<sup>12</sup> Canova a Roque González Garza (25 de enero de 1915).—Canova a Bryan (29 de diciembre de 1914), 812.00/27418.—Canova a Bryan (22 de diciembre de 1914).

<sup>13</sup> ITURBIDE, *op. cit.*, p. 152.

<sup>14</sup> Canova a Bryan (23 de diciembre de 1914), 812.00/27416.

<sup>15</sup> Canova a Bryan (22 de diciembre de 1914).

<sup>16</sup> Silliman al Secretario de Estado (21 de diciembre de 1914), 312.00/110.

<sup>17</sup> Representante especial, "A resume".—Silliman al Secretario de Estado (23 de diciembre de 1914), 812.00/14076.

- 18 Canova a Bryan (22 de diciembre de 1914).
- 19 Canova al Embajador del Brasil (23 de diciembre de 1914), Post Records (Mexico City), 1914/800.
- 20 ITURBIDE, *op. cit.*, p. 154.
- 21 Canova a Bryan (29 de diciembre de 1914). A no ser que se diga lo contrario, todo lo que sigue está tomado de este extenso informe de Canova al Secretario de Estado.
- 22 Canova a Bryan (28 de diciembre de 1914), 812.00/27417.
- 23 ITURBIDE, *op. cit.*, p. 156.
- 24 Según ITURBIDE, *op. cit.*, pp. 157-158, el nombre del mozo era Luis García.
- 25 *Ibid.*
- 26 *Ibid.*, p. 164.
- 27 Canova a Bryan (28 de diciembre de 1914).
- 28 El Embajador del Brasil al Secretario de Estado (24 de diciembre de 1914), Post Records (Mexico City), 1914/800.
- 29 Vito ALESSIO ROBLES, "La Convención de Aguascalientes", *Todo*, 28 de diciembre de 1950, pp. 15, 58.
- 30 Bryan al Embajador del Brasil (25 de diciembre de 1914), Post Records (Mexico City), 1914/800.
- 31 El Embajador del Brasil al Secretario de Estado (26 de diciembre de 1914), Post Records (Mexico City), 1914/800.
- 32 El Embajador del Brasil al Secretario de Estado (29 de diciembre de 1914), Post Records (Mexico City), 1914/800.
- 33 Canova al Embajador del Brasil (4 de enero de 1915), Post Records (Mexico City), 1914/800.